

Ni socialismo ni anarquismo: ley y libertad, armonizadas entre sí, en cuanto sea posible la *armonía* en medio de la *discordancia*, inevitable siempre, aun cuando no sea más que como *transición* instantánea del uno al otro extremo.

Rubor, del latín *rubor*, encarnado.—Confesión de algo malo que sale a la cara.

La joven inocente se ruboriza cuando su castidad siente un daño ó un peligro; se ruboriza también el que comete una falta, cuando se cree descubierto.

Rudo, del latín *rus ruris*, el campo.—Lo que carece de sutileza y espiritualidad en su acción. Todo lo definido es rudo en su contacto con lo indefinido; sólo compenetrándose el cuerpo y el espíritu pierde aquél su ingénita rudeza.

Rueda, del sánscrito *ray*, moverse.—Instrumento de rotación.

Más ó menos toda máquina es instrumento de rotación: hasta la palanca es una rotación de dos extremos sobre un eje.

Los agentes explosivos convierten la rotación en un movimiento excéntrico expansivo; pero el cuerpo lanzado rueda también en el espacio y describe una curva.

La curva es la dirección normal del movimiento, que aparece libre en cuanto puede serlo una función mecánica.

Por eso la curva es símbolo, y nada más que símbolo, de la función viviente; en la cual interviene intrínsecamente la libertad, que figura como extrínseca respecto de todo el orden

taxativamente fenomenal y determinado.

Ruego, del sánscrito *rig*, desear.—Apelación á una voluntad extraña para realizar un acto que se desea.

El hombre ruega á Dios para todo aquello que no depende de él, y cada cual ruega á los demás que le den lo que le conviene.

Si las substancias filosóficas pudieran hablar, rogarían al filósofo que les diera la relación y la transacción necesarias para vivir.

Ruido, del latín *ruere*, caer.—Sentimiento suscitado por un movimiento exterior de carácter vibratorio.

Sírvele de medio el espacio, lo mismo que á la visión, con la diferencia de que en ésta el espacio aparece teóricamente inmóvil, y en la audición aparece prácticamente movilizado.

El ruido se distingue del sonido en que representa un sonido no determinado en particular.

Ruin, voz procedente del alemán *ruin*, caballo flojo, rocín.—Lo es el objeto que por su pequeñez se niega más ó menos al sujeto consciente, y lo es también el sujeto consciente, que pospone el bien general al suyo en particular.

Así es como cabe ruindad lo mismo en lo real que en lo ideal.

Rutina, de *ruta*, camino trazado. Práctica predeterminada, seguida por un ser que pudiera determinarla por sí propio. Los órganos vegetativos son eminentemente rutinarios; mas no se los califica así, porque no pueden salir de la rutina en las líneas fundamentales de su vida. Los objetos no vivos no pueden ni aun determinarse una rutina.

S

Sabeismo, del siriaco *tsaba*, ablución.—Culto de los astros.

Semejante ideal religioso, aunque superior á la idolatría de objetos pequeños y aun de funciones corpóreas opuestas á la moral, es muy inferior á la idolatría del hombre, y sobre todo á la de la inteligencia humana en su más amplio desenvolvimiento.

Saber, del latín *sapere*, saborear.—Tesis positiva que con la antítesis ignorar concurre á la función científica.

El saber es por lo tanto eminentemente limitado. Sin esta limitación se evaporaría su contenido.

Imposible es un saber absoluto, así como un absoluto ignorar, por lo mismo que éstos son los ejes sobre que gira la vida inteligente, y que no funcionaría uno de los polos sin el otro.

Saber é ignorar son extremos analíticos de la síntesis *creer* y de la antítesis *no creer*.

La función que consta de estos cuatro extremos, se diversifica según que se la considere desde un punto de vista aislado, ó sobre el punto de vista del conjunto.

La sabiduría más ó menos velada de los primeros tiempos de la histo-

ria filosófica había ya promulgado la ley «Conócete á ti mismo»

Sócrates se propuso cumplirla, y como consecuencia de sus ensayos aser-
tó que *no sabía*.

Sabía, pues, al menos su negación de saber absoluto, y esto ya es Algo.

Mas no se encierra todo en saber ni en no saber, ni aun en saber que no se sabe.

Hay que descender á relaciones particulares, dentro de esta relación genérica del saber con el no saber, y así es como se llega á saber *alguna cosa*.

El saber figura como *ley definida* en la función teórica, en que la ignorancia figura como *ley indefinida*.

Definen é indefinen *prácticamente* el saber indefinido, la *creencia* y la duda, más ó menos acentuadas, hasta llegar á lo absoluto.

La incredulidad es más propia de la reflexión que del sentimiento. Los que menos saben son precisamente los más crédulos, porque comunicados con el creer ajeno, se fían en el propio. Los incrédulos lo son porque reflexionan demasiado, hasta no comprender que ellos mismos creen algo en particular, y que de esta suerte

se hallan comprendidos, sin saberlo, en una creencia general; ley suprema, que desconocen en su ceguera de sentimiento espontáneo, cohibido en fuerza del impedimento reflexivo.

El ambiente propio del *saber* es más reducido que el de *sentir*, el de sentir más que el de *hacer*, y el de hacer por sí más que el de lo hecho, sin hacerlo por sí, sentirlo ni saberlo (lo inorgánico).

La negación de saber es en potencia más fuerte que la afirmación; como la negación fenomenal, es en teoría lo *infenomenal sentido constantemente* como *ley de lo fenomenal*.

Hay que contentarse con *no* conocer mucho que basta *sentir*; con *no* sentir mucho que basta hacer, y con *no* *ver hacer* mucho que basta *ver* hecho.

El pensamiento comprende el saber, el sentir, el hacer y el hecho consumado; pero lo comprende dentro de su esfera propia, que es en el mundo objetivo, la más diminuta esfera (ambiente) por más que sea tan grande en el mundo subjetivo.

Pensar no es lo mismo que saber, es ejercitar la función común; en la cual el saber no figura sino como la parte mínima, la luz; antorcha (y no ambiente) de lo indefinido, al contrario de la luz solar, que es ambiente (y no antorcha) de lo definido.

Sabiduría.—Código de leyes, redactado por la humanidad en la serie de los siglos.

Sabiduría viviente es la redacción misma de este código de leyes, que en cuanto *realizada* constituye el tipo respecto de cada momento de la vida considerado aisladamente (reflexión).

Sabio, de saber.—El que realiza la sabiduría.

Por realizar la sabiduría, por pro-

fesarla prácticamente, fueron llamados sabios los de Grecia y sobre todo Sócrates.

Cuando se hablaba de sabios preguntaba siempre Sócrates: ¿Sabios en qué y para qué?

La respuesta debía ser: *Sabios en y para hacer el bien*

Esto es el sabio socrático, el sabio práctico, el sabio del sentido común.

Para completarle falta el sabio teórico, el cual se hace en el molde de la práctica, tornando *confeccionado* como tipo teórico, el servicio que recibe de su confeccionador, indefinido en pura teoría, lo incognoscible.

Sabor, del latín *sapor*.—Sensación revelada por el órgano del gusto.

Supone contacto exterior con algo, más líquido que sólido ó gaseoso.

Al contacto material corresponde algo infenomenal, un motor indefinido, que se revela por fenómenos externos en el vegetal, y por fenómenos internos en el animal y en el hombre.

El contacto propio del vegetal tiene algo de sabor, porque le favorece en sumo grado la dilución acuosa del cuerpo que se relaciona con la función vegetativa.

Sacculus, en latín *saculo*.—Parásito que vive en el conducto intestinal de ciertos animales.

Es un simple saco, que se nutre mediante algunos vasos que le unen al intestino matriz á manera de cordón umbilical.

Es un feto abortado al nacer; una célula que propende á emanciparse, sin llegarlo á conseguir, un intermedio entre el microbio independiente y el órgano embrionario.

Saceas (Ammonius), maestro de Plotino que nada dejó escrito.

—Se le conoce por su teoría de la unión del alma con el cuerpo.

En grande apuro ponía esta unión á los partidarios de las substancias. Aristóteles y otros han salido de él, uniendo ambos elementos como se une lo teórico á lo práctico en el ejercicio de la vida. Mas en pura teoría, el problema es insoluble.

Era preciso que lo *uno absoluto* (alma) permaneciera siendo *uno* absoluto al *unificarse* con lo múltiple (el cuerpo); problema absurdo en su mismo planteamiento, como lo ve cualquiera fácilmente.

Sacerdocio, de sacerdote.—El sacerdote es el fisiólogo y el médico del alma.

El sacerdocio tiene ritos determinados, que le dan forma relativamente accidental. Su fondo es uno mismo, y se reduce á velar por la salud del alma, así en la tierra como en el cielo.

Sacerdote, del latín *sacer*, sagrado.—El que se consagra al culto religioso.

Así como en el organismo humano las más altas funciones tienen representación especial corpórea, así en la sociedad representan hombres y corporaciones las grandes funciones sociales.

La de reflejar fielmente en el fondo negativo de la conciencia, la luz del pensamiento humano, elevándola á la mayor altura posible y consagrándola por la fe, es la gran función del sacerdocio.

Saciar, del latín *satis*, bastante.

La vida nunca dice basta; pues apenas intenta decirlo, se ha suicidado ya.

El pensamiento del suicidio puede en el hombre preceder al acto correlativo; pero el acto es instantáneo, es

decir, que en su rápido pasar, no tiene instante determinado.

Sacramento, del latín *sacer*, sagrado.—Fórmula que identifica lo humano con lo divino.

El misterio relacionado siempre con el fenómeno, con la ley y con la función, es el sacramento filosófico.

La unión de estos sacramentos, y no cada uno de ellos en particular, ni aun su contemplación inmóvil, sino llegando además á constituir prácticamente una *síntesis de cada instante* en el pensamiento, que la realiza en cuanto puede realizarla, es la que legitima el sacramento, y le permite aparecer viviente.

Hegel administró el bautismo á su filosofía al proclamar la *esencia*; la confirmación, al hacer la *substancia*; la eucaristía, al encarnar en la naturaleza la *noción*, y la extremaunción, al terminar su obra, dando rienda suelta á la necesidad para convertirla en libertad.

Faltóle en toda su carrera el concurso consciente de la vida, al cual renunció, comenzando por objetivar incondicionalmente lo indefinido, que encadenado así con el nombre de substancia, no pudo, en momento alguno de la vertiginosa carrera hegeliana, reponerse de la ficticia elaboración substancial; fantasma que por querer absorberlo todo, se desvanece él mismo en el vacío.

Sacrificio.—El ideal humano rectamente encaminado, es un constante sacrificio á la realización del bien. Cuando el sacrificio es compatible con el bien privado, la función se realiza armónicamente, para el individuo y para el bien común. Cualquier desarmonía debe ser dominada, haciendo callar las voces discrepantes del interés particular.

Tal es la alta significación de los sacrificios paganos, y de todas las religiones, sacrificios hechos bajo diversas formas, ya de víctimas propiciatorias, ya de mortificaciones personales, ya de prácticas sublimes, de que dieron ejemplo Guzmán el Bueno, Abraham y sobre todo Jesucristo.

Sacro, del latín *sacer*.—Lo que se refiere al símbolo religioso.

Todo se consagra cuando se lo pone en relación con lo indefinido, definiéndolo allí en última instancia, y como si fuera realmente el fondo indefinido é indefinible, sobre el cual se representa lo definido.

Lo que es sagrado para cualquier persona, sin ofensa de la moral, merece siempre el mayor respeto, cualquiera que sea el error que en su concepto se vislumbra.

¿Quién no tiene su tejado de vidrio, su fondo religioso más ó menos accesible á irreverentes demostraciones?

El Universo es bastante grande para que todo pueda armonizarse en él, sin exclusivismos siempre censurables.

Sagacidad, voz derivada del latín.—Condición del que siente con claridad los pormenores de los acontecimientos, y acierta á dirigir su función intelectual del modo más conveniente para la investigación de datos que le convienen.

No se necesita ser muy profundo para ser sagaz; basta un ejercicio desembarazado de la función de juzgar, y el reposo suficiente para que la pasión no ofusque el ánimo.

Sal, del sánscrito *sal*, brotar.—Condimento ordinario de toda preparación artística alimenticia.

Lo indefinido es el condimento necesario para toda función viviente, y

en este sentido la sal le representa.

En química es la sal una síntesis de dos polos, cualidades distintas, que limitándose mutuamente, desaparecen, convirtiéndose en una nueva cualidad.

El pensamiento descompone teóricamente la sal de su práctica, y se representa en sus dos elementos, definido é indefinido; mas no hay que buscar estos elementos dentro de la sal, ni en átomos, ni de ningún otro modo, mientras la sal no deje de ser la transacción que los neutraliza.

Salario, sala-rio, lo que fluye en forma de sal.—Propiedad adquirida mediante un servicio personal.

El salario debe ser proporcionado al servicio, y procede calcularle de común acuerdo entre quien sirve y quien es servido.

Tal acuerdo es lo que falta á menudo con grave peligro para el orden social.

Lo conveniente es procurar el equilibrio, y no que una de las partes quiera á todo trance que prevalezca lo que más le convenga.

Salida, del sánscrito *sar*, manar, correr.—Lo que proporciona libre curso á una corriente interrumpida.

La desaparición de una dificultad para algo práctico.

El que entra en el ejercicio de alguna función, no entra jamás sin tener prevista de algún modo la salida.

La filosofía no podía excusarse de buscar salida.

La mayor dificultad del pensamiento filosófico es salir del círculo vicioso.

Encerrado en su *casa* que es como una celda esférica, da vueltas alrededor de sus paredes, cerrando y abriendo círculos de continuo (síntesis y análisis).

La salida se encuentra marchando resuelta y rectamente desde el centro por uno de los diámetros.

En los extremos del diámetro horizontal encontrará á un lado una puerta y á otro una ventana.

1.º Por la puerta podrá salir al campo y se encontrará como en su casa en la *casa grande* (Cosmos). Esta es la casa de los sentidos externos. Allí verá un suelo que le parecerá recto, y un ciclo que, si es de día, le parecerá bóveda azul ó esmaltada de diversos colores, bóveda siempre cerrada, por encima de la cual nada más verá, sino reproducida siempre, otra bóveda. De noche verá tanto menos, cuanto más profunda sea la obscuridad. Entre tanto irá labrando más ó menos primorosamente el suelo, relativamente rectilíneo, que pisa.

2.º Por la ventana de su celda podrá asomarse solo, y allí se le representará un espejo maravilloso, en el cual aparecerá él mismo circulando en el vacío, sin tierra que pisar, pero labrando este vacío aun más primorosamente que la tierra que antes pisaba.

El cielo, siempre el cielo, bóveda impenetrable, cubrirá también el escenario de este espectáculo ideal.

El pensamiento, satisfecho de haber encontrado las salidas (el Cosmos y Dios) de su casa, ó sea del alojamiento, que había aprovechado después de viajar con los escépticos, desde la línea recta que no le llevaba á ninguna parte, á la línea paralela que tampoco le llevaba á parte alguna, trazando siempre un círculo vicioso; mientras no allanara la dificultad que le había llevado artificialmente al escepticismo, para burlarse de él; suponía que, halladas las salidas, ya no podía ser objeto de burla.

Mas todavía el escepticismo acude á demostrarle que sus salidas no son al cabo más que callejones sin salida: por un lado la hipótesis, por otro la evidencia, siempre personal.

Afortunadamente el callejón de la hipótesis tiene, no una salida, sino muchas; porque bien entendida no es callejón, sino ancha plaza circular, que se va ensanchando desde el centro á la circunferencia, á medida que se progresa en ella. El círculo siempre está cerrado por la bóveda del cielo, pero relativamente se abre, porque la bóveda se aleja indefinidamente.

La hipótesis se agranda sucesivamente, y la más grande á cada instante comprende todo *lo posible* (hipotético) en aquel momento, por más que quede siempre hipotético un indefinido porvenir.

Ultimamente, la ventana de la evidencia, es cierto que se limita el pensamiento á tenerla como un espejo en que se mira.

Pero esto le basta para vivir circulando, dentro del ciclo de la ignorancia común, donde se reflejan sus tres círculos: el de *su casa*, *yo*, el de la puerta, *cosmos*, y el de la ventana, *Dios*.

Saltar, del latín *saltum*, supino, de *salire*, salir.—Los saltos se dan en el espacio, nunca en el tiempo, y por eso se ha dicho, y es verdad, que la Naturaleza nada *hace* á saltos.

Por saltar de un extremo á otro se ha falseado tan á menudo la ley de la no contradicción.

Salud, del latín *salus*.—La salud es el bien de la vida en general, lo mismo que la vida es la función genérica de todas las funciones posibles; función de funciones de fenómeno y de ley.

Hay bien de la vida del cuerpo; bien de la vida pública (*salus populi*); bien de la vida del alma (salvación eterna).

El médico tiene mucho de sacerdote, de tribunal de justicia y de jefe superior de administración pública.

En cambio, ni el sacerdote, ni el rey, ni el poder legislativo de ningún Estado, se exime de tener algo de médico.

La ciencia y el arte médicas se elevan así á un grado de generalidad que todo lo comprende.

A la salud, positivamente acentuada, se contraponen la enfermedad.

Prácticamente los modos de salud se relacionan entre sí de cuatro modos: salud del cuerpo, salud del alma, salud del cuerpo y del alma en particular (salud del individuo), salud del alma y del cuerpo social (salud pública).

Todos los modos de salud son bienes constituidos por la relación armónica entre los extremos que implica el concepto de función viviente.

La armonía que constituye el bien es lo que *debe* ser (hecho en derecho), por más que pueda no ser (hecho).

La desarmonía (enfermedad) es lo que *puede* ser (hecho), por más que no *deba* ser (hecho en derecho).

Solamente los seres vivos tienen *enfermedades*. El mal en lo no vivo puede aparecer *hecho*, mas no realizarse como *función morbosa* (hecho con ó sin derecho).

Saludar, de salud.—Desear el bien á la persona con quien se habla.

Como el bien del cuerpo es tan fundamental, nada tiene de extraño que se refiera á él principalmente el sentido de la palabra salud; á pesar de tener ésta más amplio significado, pudiéndose aplicar á todas las funcio-

nes que se ejercitan sin tropiezo y en conformidad con sus ideales respectivos.

Salud y salvación.—Si la vida es un gran bien, el mayor y más comprensivo de los bienes humanos, la salud, aquilata aun más tan soberano bien.

Es sinónimo de salvación, y constituye cuanto se proclama como apetecible para sí, y se pide para los demás en el momento en que se los *saluda*.

La salve cristiana es la más simpática, tierna y cariñosa, de las oraciones que se encaminan á la Madre de Dios sobre la tierra. El Ave Maria es la salutación del ángel divino, balbuceada por el ángel, si no caído, redimido al menos condicionalmente de la caída por la gracia de Dios.

Este simple sentimiento del bien de la salud, sugiere el valor de la vida, y su importancia como base del estudio recomendado al hombre: *Nosce te ipsum*.

Salvación.—La del cuerpo y la del alma son el afán constante del hombre en la esfera temporal y en la eterna.

Las sociedades también aspiran á salvarse de adversidades, respecto de las cuales á menudo no podrán hacer más que transigir.

Transigiendo es como se salva todo lo posible.

La vida corpórea es una hoguera, que, cuando menos lentamente, nos consume, y no hay seguro de incendios que la salve sino en parte, que también se quemará á su tiempo, quedando sólo en pos del varón justo un aroma delicioso, nuncio de lisonjero porvenir.

Salvador, del latín *salus*, salud, y *fero*, yo llevo.—Cuando se pa-

sa con fortuna un peligro, nunca falta á quien atribuir la salvación.

Si se cura una enfermedad, el salvador es el médico, la Naturaleza ó Dios. Respecto del primero se *puede* acertar en parte. En parte también se acierta *siempre* respecto de los otros dos.

Cuando una república se salva de la anarquía, se llama Salvador al que *dicta* la ley, y la hace cumplir.

Dios es el supremo Salvador del mundo.

Dios encarnado en hombre es quien salva al mundo, sacrificando su interés propio en aras del bien divino, y mostrando á la Humanidad la única senda que conduce al ideal supremo.

Salvaje, de selva.—El hombre *poco* civilizado.

No se puede decir totalmente incivilizado, porque no hay esperanza ya de que nos suministre un ejemplo de ello, un hombre nacido sobre la haz de la tierra.

Siempre tiene el hombre la civilización que resulta de las relaciones pocas ó muchas con sus semejantes.

Hay salvajes inocentes, buenos; los hay dañinos, y no los hay solamente en las selvas, sino en todas las agrupaciones humanas.

La inteligencia no sería un bien, si en general no mejorara al hombre civilizándole; pero no hay que confiar mucho en que el salvaje cultivado sea siempre de índole más benigna que el inculto.

Salve.—Salutación tierna, que condensa en una palabra, un ruego de salud, de salvación de los males de la vida.

Se imploran tan altos dones, para aquel á quien se saluda, y el que saluda los pide también para sí propio, recomendándose á Dios ó á su madre

intercesora entre él y los hombres.

Nada más patético que esta Santísima madre de Dios-hombre, que le concibió por gracia y obra del Espíritu Santo.

Así se encaraa lo indefinido en lo definido, determinando la vida en todos los ámbitos de la Creación.

Sanar, del latín *sanare*.—Restituir la salud.

Nada más meritorio que restituir la salud perdida al individuo enfermo, al cuerpo, al alma, de cada cual y á las sociedades humanas.

Salus populi suprema lex.

En cuanto á la salud del cuerpo, está al cuidado del médico; la del alma, al ministro de la Religión.

Mas el que ha de contribuir en primera línea á la salud de su cuerpo y de su alma es el propio individuo. Para eso tiene la espontaneidad y la libertad, soberanos atributos de su vida.

Del éxito de todas las gestiones externas é internas, para recobrar la salud perdida, resuelve en última instancia la *Providencia*, que es el nombre de la divinidad, en cuanto representa el cumplimiento de la ley del bien, impuesta al linaje humano por el *coeficiente indefinido* de su vida.

Sanción, de santo.—Acto superior confirmatorio de otro de orden inferior.

Se considera á la teoría inferior á la experiencia, cuando se pide que la experiencia sancione las teorías; pero también la experiencia en cada uno de sus actos, necesita la sanción de la inteligencia, ya para ser concebida como un hecho, ya, sobre todo, para aparecer conforme con la ley impuesta en un determinado instante.

Sanconiaton, personaje á quien se atribuyen antiguas cosmo-

gonías.—La ambición que acomete á la niñez científica, ó mejor dicho, al *embrion* que precede á la vida del pensamiento, es tan exagerada como le correspondería ser modesta. Es por de pronto aspiración á saberlo todo; forjar nada menos que cosmogonías, génesis; generación universal.

De aquí á persuadirse de que la generación universal es el más fantástico de los mitos, y de que hemos de contentarnos á lo sumo con el sentimiento, más ó menos perspicuo, de la generación del pensamiento, hay distancia inmensa; que sólo se salva en fuerza de siglos, transcurridos en la faena de pensar y repensar.

Sangre, del latín *sanguis*.—Elemento de la circulación y de la nutrición del organismo.

Así, como los ríos y los mares son el intermedio entre el sólido y el gas, y el elemento líquido medio igualmente entre el mundo inorgánico y el organizado, así también la sangre es el intermedio entre el alimento y los tejidos orgánicos.

El entendimiento es el océano, no ya de agua ni de sangre, sino de luz, donde boga pasivamente y movido por la voluntad, que es su vapor, el bajel de la conciencia humana.

Santo, del latín *sanctus*, que guarda analogía con el sánscrito *sanskrita*, perfecto.—Lo mismo que sagrado, en relaciones algo distintas.

Se aplica especialmente á la persona que realiza en sus actos, el pensamiento divino.

Para ser santo es preciso abdicar por completo la personalidad humana como fin, convirtiéndola toda en medio para la personalidad divina.

Saña, del sánscrito *cañi*, disolver.—Persistencia en obrar mal en un momento determinado.

El ensañamiento es una violencia temporal, que puede limitarse á uno ó pocos actos.

La persistencia crónica en el mal, no es ensañamiento, sino enfermedad moral, encarnada en el sentimiento del individuo.

Sarcasmo, del griego *sárx*, carne, *sarkasmós*, mordedura en la carne.—Injuria grave, oculta bajo frases que aparentan lo contrario.

Algunos misántropos pesimistas han podido llamar á la vida un sarcasmo, suponiendo que es en el fondo un mal, bajo las apariencias de un bien.

Ni el pesimismo ni el optimismo tienen valor en absoluto, porque los extremos (absolutos) son viciosos.

Sastre, del latín *sartus*, cosido.—El que cose piezas de tela, que se obstinan en permanecer separadas entre sí.

Hay zurcidores de voluntades y zurcidores, en general, de ideas.

Estos últimos son los que ejercitan la función de pensar.

El que ejercita esta función hace lo que el sastre: improvisa formas (cualidades) que dan valor á las cantidades de tela, y después de improvisadas, las conserva como patrones para la confección de otras formas.

El pensamiento tiene la ventaja de servirse á sí propio de patrón, con el simple procedimiento de reflejar su estampa mientras pasa, sirviéndose de una luz que lleva por delante, como pudiera hacerlo una máquina fotográfica.

Con esto *hace* la teoría que ha de servirle en la práctica sucesiva, dotada de libertad para *consentir* ó no, y para decidir en última instancia si la estampa está bien hecha, y si la

teoría, antes reflejada, resulta bien ó mal.

Satanás, del hebreo *satán*, enemigo.—Es enemigo por excelencia el que lo es de Dios: *Satanás*.

El enemigo absoluto del absoluto bien.

Afortunadamente, en el mundo que habitamos no hay absoluto, y quien se encomienda á algún absoluto, no se encomienda á Satanás, sino á Dios.

Lo relativo y lo absoluto, contrapuestos entre sí, son enemigos necesarios que, ó se concilian, ó se hacen guerra de exterminio, figurando como polos fundamentales de la vida, así corpórea como moral y filosófica.

Satélite, del griego *hetatros*, compañero.—El que acompaña pasivamente á otro relativamente activo.

Así acompaña la luna á nuestro planeta.

Así acompaña la mujer al hombre en el matrimonio, y el tipo femenino al masculino en el coito animal.

Así acompaña en la función viviente del pensamiento el polo negativo al polo positivo.

En esta función la *hetaréa* es la Naturaleza; el que la acompaña activamente es el espíritu, el *coeficiente*, indefinido en teoría; para intervenir en la práctica contraponiéndose á lo *eficiente*, pasivo respecto de él; y originar en este coito supremo, todo cuanto es posible en el Universo, en relación siempre con los polos originarios de la función.

Estos polos originarios, negados á la luz de la reflexión, son los que se sienten en el calor del sentimiento.

Sátira, del griego *satira*, poema picante, ó del latín *satira*, poesía crítica.—Narración de vicio ó deficiencia en las funciones artísticas, inte-

lectuales ó morales, de uno ó muchos individuos.

En la acepción que hoy damos á la palabra sátira, se distingue de la crítica, en que ésta se ejercita más bien sobre las cosas y aquélla sobre las personas.

La sátira es personal y ofensiva; la crítica no daña directamente á la consideración debida al criticado. Se satiriza al que piensa; se critica lo pensado. La crítica razonada no ofende; la apasionada degenera en sátira.

Satisfacción, del latín *satis*, bastante, y *actum*, hecho.—Lo que se da á los ideales cuando son realizados.

Nunca se hace bastante para llenar la medida de los deseos humanos; porque no vive el hombre sin desear. Hay, sin embargo, satisfacciones relativas, y es afortunado quien sólo desea las que puede realizar.

Saturación.—La función en que dice *basta* un elemento químico, para sufrir una transformación determinada.

Lo definido basta para saturar á otro definido, mas no á lo indefinido, que figura en la síntesis viviente, y que nunca dice basta, porque le basta no decir *más*.

Saturno.—Divinidad mitológica que simboliza el tiempo.

No debió la mitología simbolizar sólo el tiempo con la guadaña. ¿Qué sería de la vida si el tiempo no la otorgara, además del *presente* fugitivo, el ancho campo de lo futuro, donde prospera la idea, y renace la semilla arrancada de la tierra por la hoz del segador?

Sazón, del latín *satis*.—Sazón se relaciona con sabor y con *satis* (bastante).

El fruto de la vida llega á su situa-